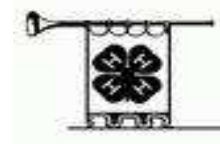
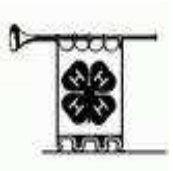
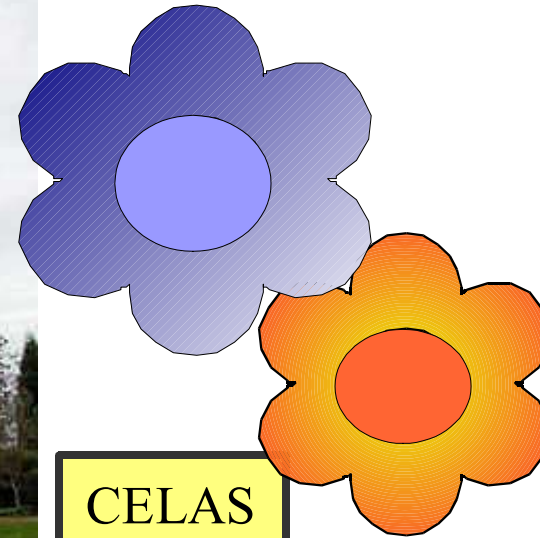
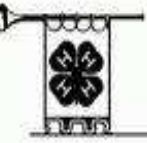
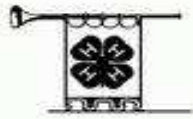
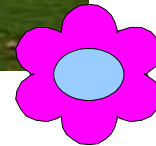


LA TORRE DE
CELAS

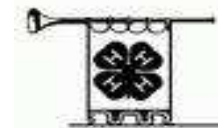


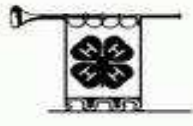


CELAS

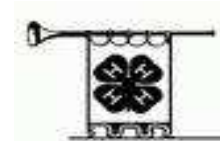
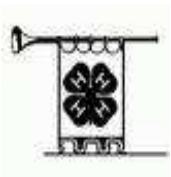
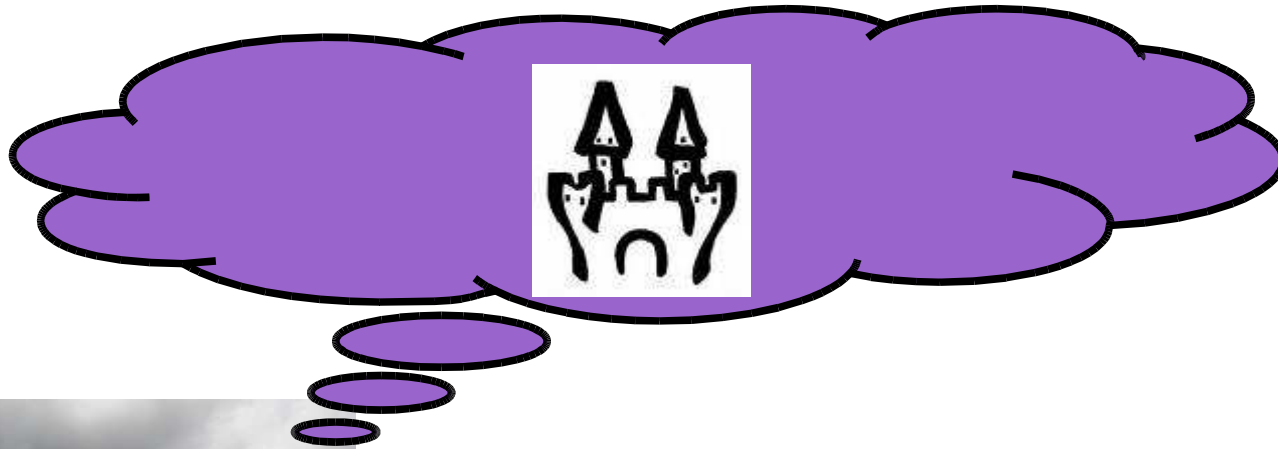
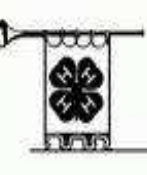


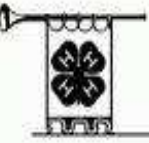
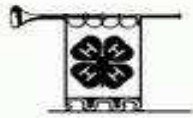
¡Hola! Esta que veis aquí soy yo: una torre, pero no una torre cualquiera, soy la TORRE de CELAS, porque es en Celas donde vivo. Voy a contaros un poco mi historia. Tengo muchos, muchos años. Dicen que tengo la cabeza dura como una piedra. ¡Hombre claro! ¡Es que estoy hecha de piedra!



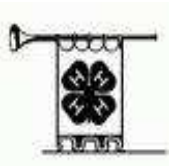


Antes, a mi lado, había un castillo, pero alguna gente y muchas batallas acabaron con él.



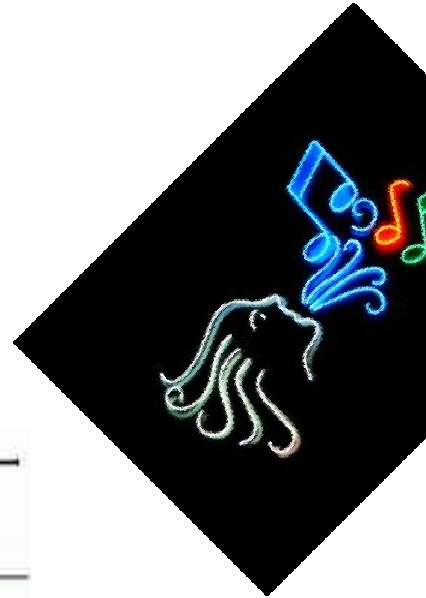


Aún me acuerdo de aquellos tiempos en los que me entretenía con la gente que aquí vivía. Era gente importante, bueno, digamos que rica, muy rica y poderosa. Os diré que unos de mis amos fueron los Condes de Andrade. Vestían muy diferente a como vestís hoy. Con ropas elegantes pero, a veces, un poco incómodas.

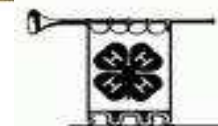
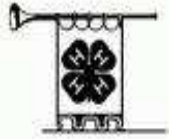
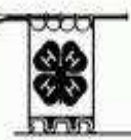


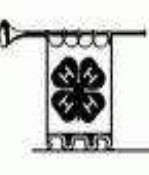
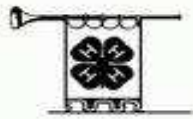


Celebraban fiestas y banquetes en los que se comía y bebía sin descanso. Por supuesto no tenían electrodomésticos ni utensilios de cocina como hoy.

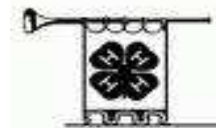
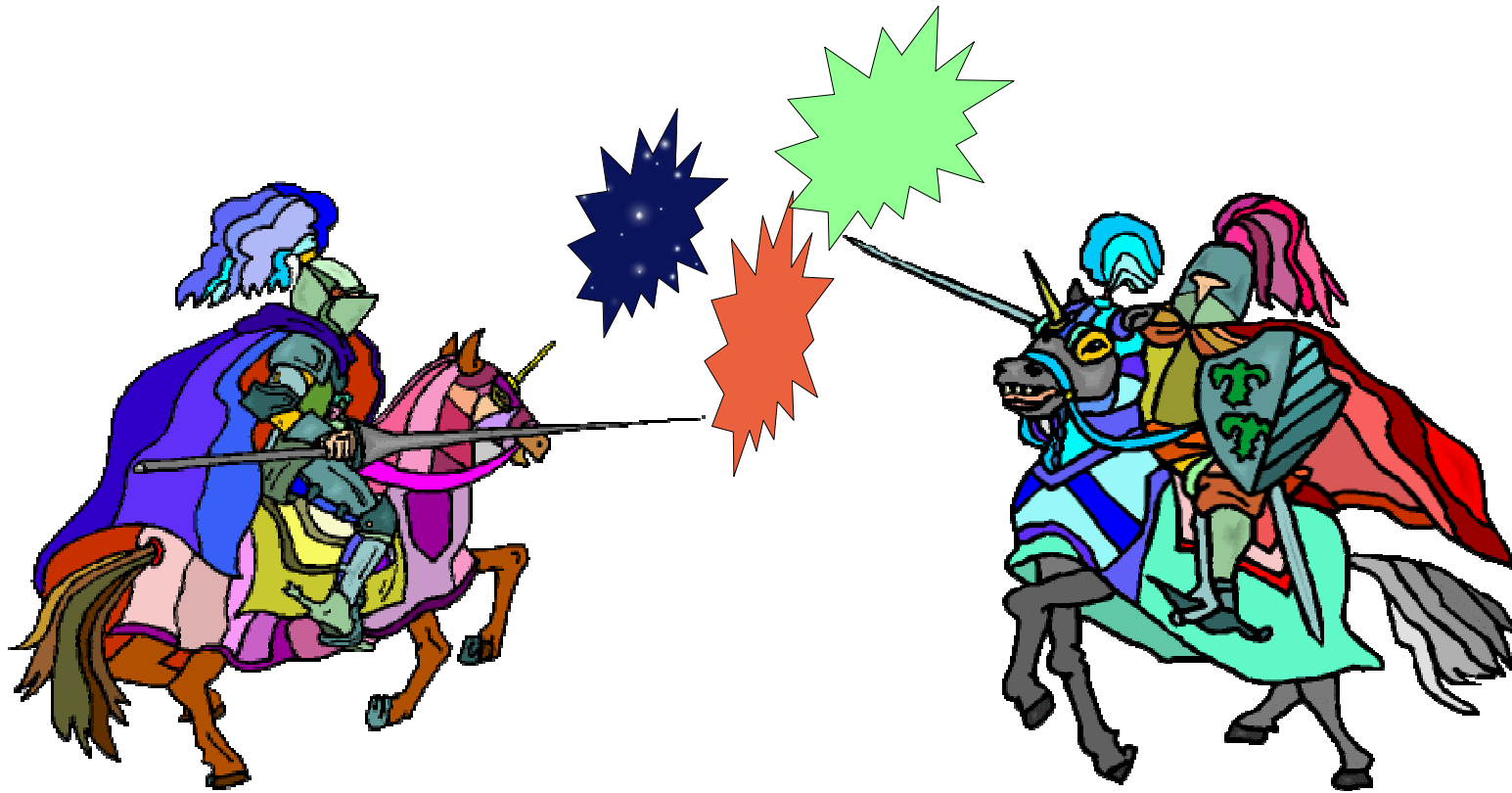


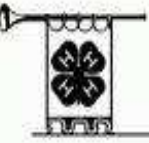
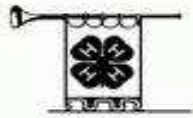
www.shutterstock.com · 1588806





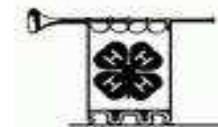
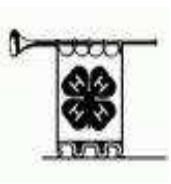
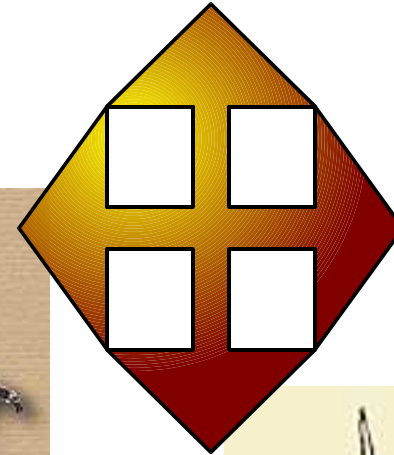
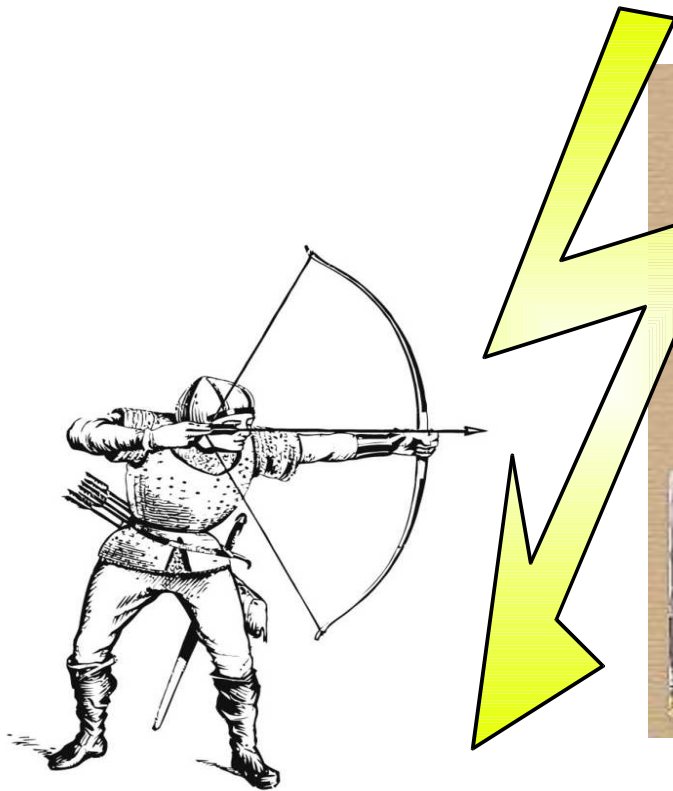
Para entretenerse organizaban torneos y juegos entre caballeros, que además de espectáculo servía como entrenamiento para la guerra.

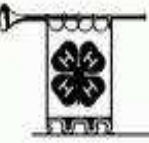
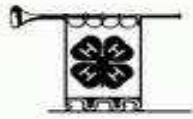




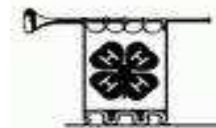
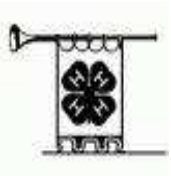
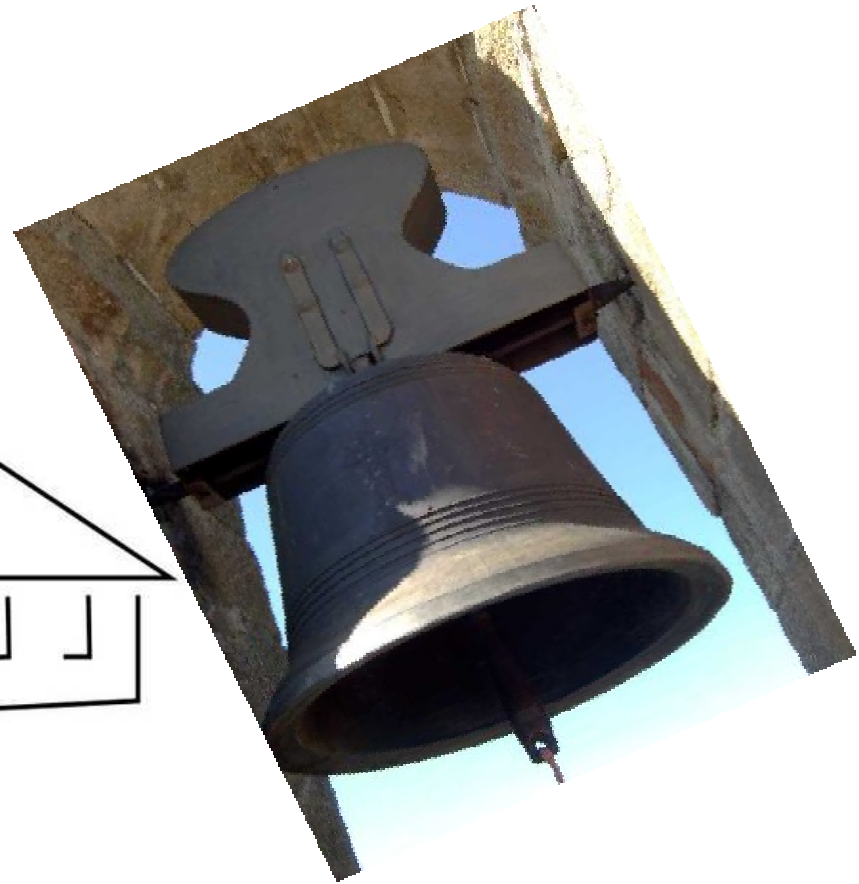
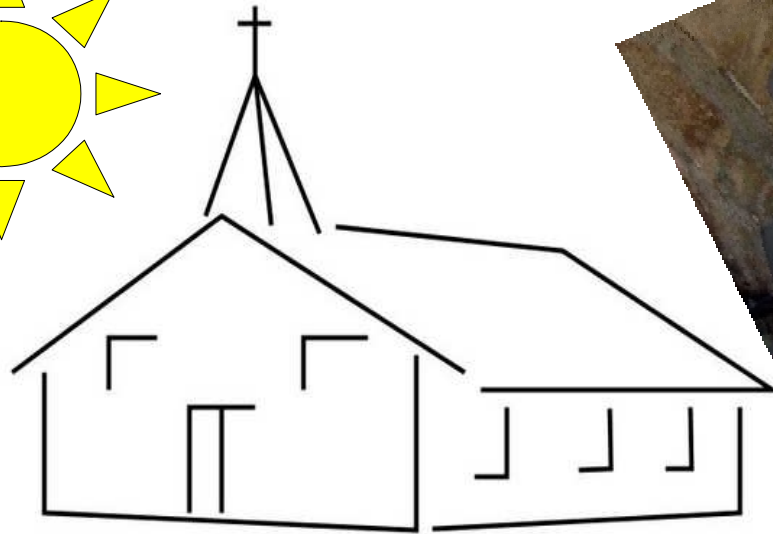
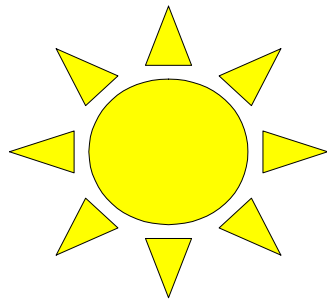
Porque lo peor de esta época eran las peleas y las guerras entre los pueblos. El castillo era un buen refugio y yo era muy útil para que los soldados pudiesen vigilar los alrededores.

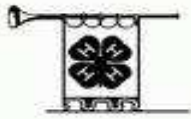
No sabéis cuantas veces sentí silbar las flechas a mi lado, y el ruido de las espadas y las lanzas cuando batían en los escudos o armaduras del enemigo.





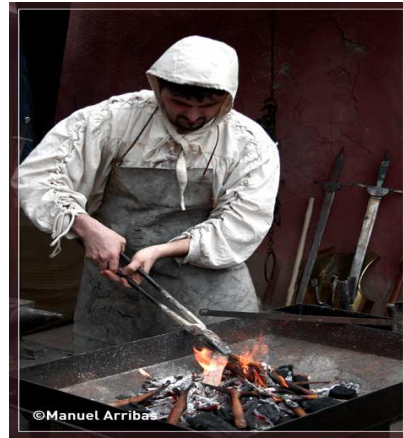
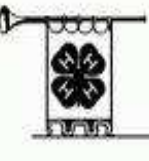
Darí­a cualquier cosa por cambiar ese rú­ido por el sonido de las campanas cuando cantaban con alegrí­a. ¡Ah! Porque no os lo dije, pero enfrente de mi hay una peque­ña iglesia más antigua todaví­a que yo, y que sigue estando ahí­ después de tantos años.





Los domingos sobre todo, acudía mucha gente que no era tan rica como la que vivía aquí en el castillo. Algunos contaban que trabajaban mucho y aún así, a veces, pasaban hambre.

La mayoría eran campesinos, cultivaban las tierras pero la mayor parte de lo que producían iba a parar a manos de los señores, dueños de los terrenos. También oí hablar de sus oficios a herreros, carpinteros, alfareros, panaderos, canteros...

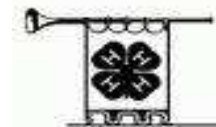


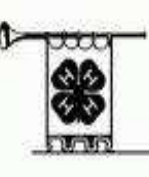
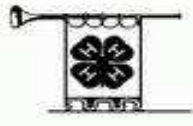
campesino

herrero

alfarero

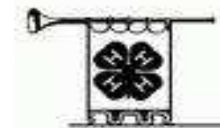
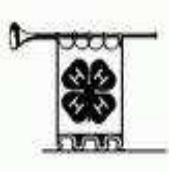
cantero

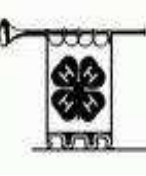
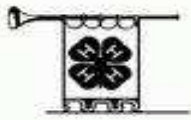




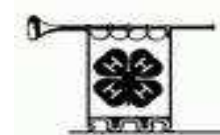
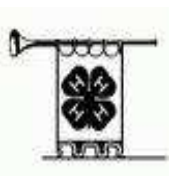
Pero bueno, todo esto sucedió hace mucho, mucho tiempo.

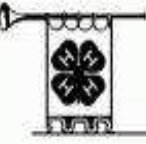
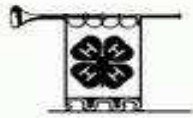
Hoy soy otra. Ya nadie se me sube encima para vigilar o pelear. Hace unos años empezaron a traer curiosos objetos que me recordaban épocas pasadas: vestidos, herramientas de trabajo...



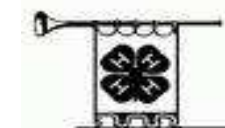
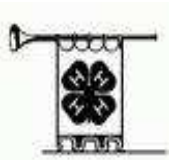


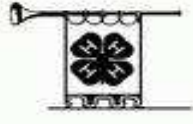
... y empecé a oír hablar de un tal Museo. Poco a poco descubrí que estaban hablando de mí: yo era el Museo. Las campanas de la iglesia se partían con la risa. Decían que encima de ser vieja , ahora estaba llena de trastos. Tuve que explicarles que en un museo se guardan cosas valiosas, muchas veces antiguas, pero que la gente quiere conservar porque son parte de su historia. A mí me limpiaron y me pusieron guapa. La verdad es que me encanta mi nuevo trabajo, os voy decir como me llaman, aunque es un nombre un poco difícil: Museo etnográfico del ayuntamiento de Culleredo.





Además vivo en un lugar precioso, rodeada de árboles y vegetación que va mudando su traje a lo largo del año, como si de un cuadro gigante se tratase. Escucho a los pajaritos que se posan en mis almenas y el croar de las ranas que habitan en la charca que atraviesa el parque. De vez en cuando recibo la visita de niños y niñas que vienen a jugar al parque, a pasear o de festa. Soy feliz mirando como corren y ríen, al mismo tiempo que cuidan y respetan la naturaleza..





A veces, alguno se para cerca de mí y me hace cosquillas con sus deditos. Otras veces, quedan callados admirando mi altura y fortaleza. En sus ojos adivino que están soñando con caballeros y princesas.

